

TADEUSZ DOLEGA-MOSTOWICZ

EL CURANDERO

Traducción de Higinio J. Paterna Sánchez

SEKOTIA

Título original: *Znachor*
Tadeusz Dolega-Mostowicz
Varsovia, 1932

© de la traducciónr Higinio J. Paterna Sánchez, 2021
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Primera edición: septiembre de 2021

COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA
EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
MAQUETACIÓN: MANUEL MONTERO REINA

WWW.SEKOTIA.COM

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18414-31-2
Depósito legal: CO-714-2021

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

Prácticamente todo lo que se tenía por seguro en la biografía de nuestro autor ha debido ser revisado. Dolega-Mostowicz, como escritor estrella de la II República de Polonia, sabía cuidar de sus relaciones públicas. Le gustaba ser objeto de conversación y de rumores y rara vez desmentía alguno de los incontables chismes que circulaban acerca de él, incluso si no respondían totalmente a la verdad.

Dolega-Mostowicz nació en 1900 Glebokie, hoy Bielorrusia. Su familia por parte de madre, de origen noble, había ido perdiendo paulatinamente sus posesiones debido a las represalias del zarato para quienes habían tomado parte en las insurrecciones polacas del siglo XIX. Poco a poco, gracias a la pericia de su padre, abogado de profesión, consiguieron una posición muy acomodada. Expulsado del *gimnazjum* de Vilna (no se sabe si por su patriotismo, por mal comportamiento o por ambas cosas), Tadeusz continuó su formación primero en Briansk y luego en Kyiv, pero no concluyó la escuela secundaria. Allí, durante la I Guerra Mundial se incorporó a la clandestina Organización Militar Polaca. En 1917 abandonó sus estudios, seguramente fue entonces cuando «se añadió» dos años y se enroló en el ejército polaco. Participó en la guerra polaco-bolchevique.

Tras la guerra y un periodo de penurias, gracias a su tío consiguió un empleo en el diario conservador *Rzeczpospolita*: empezó como corrector de textos, pero en poco tiempo se convirtió en uno de los articulistas más valorados por el público y a la vez más odiados por las autoridades. En 1927 sufrió una brutal paliza de manos de «unos desconocidos», seguramente por encargo directo de mandatarios del régimen de Pilsudski, que Dolega criticaba con mordacidad.

Ya antes de este ataque había planeado centrarse cada vez más en su actividad literaria y no tardó en convertirse en uno de los más exitosos y acaudalados escritores polacos de la primera mitad del siglo XX. Escudado tras la injusta pero útil fama de «escritor de primera de novelas de segunda» pudo también vengarse más cómodamente del régimen. Su *opus magnum* fue *La carrera de Nikodem Dyzma*, en la que, además de mostrar en forma de mordaz sátira los mecanismos de poder de las élites de su tiempo y retrató a algunos de los mandamases del régimen.

La novela que tenéis ahora entre manos, *El curandero* fue originariamente un guion cinematográfico. Los productores lo descartaron, pero Dolega-Mostowicz no era un hombre que se desanimara fácilmente: retocó el texto, que apareció en 1937 como novela. Dolega-Mostowicz quería también con esta obra hacer justicia al campesinado polaco, que constituía casi el 70% de la población del país y era una capa social muy castigada en esa época de crisis.

Sentía nuestro autor una cierta vocación para llevar la cultura hasta los más desfavorecidos y podemos afirmar que lo logró con este libro, que seguramente fue el más leído por la población rural del país después de la famosa trilogía de Henryk Sienkiewicz. Rápidamente se convirtió en uno de los mayores superventas de los años treinta y numerosas editoriales extranjeras lo publicaron. Por supuesto, el cine volvió a interesarse por la obra: ya en ese mismo año fue llevada a la

gran pantalla por primera vez, fue el mayor éxito cinematográfico de la Polonia de entreguerras, aunque la mayoría de los polacos de hoy está mucho más familiarizada con la versión de 1982, dirigida por Jerzy Hoffman.

El curandero nos relata la historia de un destacado cirujano, el profesor Wilczur, de renombre internacional. Lo tiene todo: fama, familia, dinero y un gran futuro. Sin embargo, su mundo se desmorona cuando su mujer, a la que ama con locura, se fuga llevándose a la hija de ambos. Desesperado y borracho, deambula por la ciudad cuando unos matones le propinan una paliza que le lleva a perder la memoria. Se olvida de quién es y se hace llamar Antoni Kosiba. Desde entonces, recorre las aldeas tratando de encontrar trabajo solo por comida y alojamiento. Finalmente, Prokop, un buen hombre, molinero rural, le acoge. El único hijo que le queda a Prokop sufrió una parálisis tras un accidente y nuestro hombre, Antoni, sin saber por qué, ve que su curación es posible y le practica una operación con todo éxito, lo que le convierte en un célebre curandero local. Pero el médico oficial de la zona, al ver invadidas sus competencias y la creciente fama del anónimo curandero, le demanda por realizar prácticas médicas ilegales. Frente a la demanda, el pasado inexistente de Antoni Kosiba vuelve a él como un fantasma.

*

Desgraciadamente, la II Guerra Mundial y su prematura muerte truncaron la prometedor carrera de Dolega-Mostowicz: nuestro autor tomó parte como cabo en la defensa de Polonia y murió durante la invasión soviética a mediados de septiembre de 1939 en Kutu, en la frontera entre Polonia y Rumanía.

EL CURANDERO

CAPÍTULO 1

Un silencio total reinaba en la sala de operaciones. De vez en cuando lo interrumpía el breve tintineo de los utensilios quirúrgicos sobre la placa de vidrio. El aire, caldeado hasta los treinta y siete grados, iba cargado de un hedor insoportable que traspasaba los respiradores, llenando los pulmones de una empalagosa mezcla de cloroformo y sangre cruda.

Una de las enfermeras yacía desmayada en una esquina, pero nadie podía apartarse de la mesa de operaciones para reanimarla. Los tres médicos que secundaban la operación no apartaban la vista del orificio rojo sobre el que se movían lenta y en apariencia torpemente las grandes manos del profesor Wilczur.

Debían descifrar inmediatamente el más leve movimiento de esas manos. Cada pestañeo que sobresalía de vez en cuando de debajo de la mascarilla contenía una orden que los asistentes sabían interpretar y ejecutar en un abrir y cerrar de ojos. No se trataba solo de la vida del paciente, sino de algo mucho más importante: del éxito de esta insensata e imposible operación que podía convertirse en un nuevo y grandioso triunfo de la cirugía y reportar más fama aún no solo a la clínica y a los discípulos de esta, sino a toda la ciencia polaca.

El profesor Wilczur estaba operando una úlcera cardíaca. Sostenía ahora el corazón con su mano izquierda y con un rítmico movimiento de dedos no dejaba de darle masajes, pues seguía aún débil. A través del guante de goma percibía cada palpitación, cada leve gorgoteo cuando las válvulas se negaban a seguir funcionando. Entonces las obligaba a trabajar con sus dedos entumecidos. La operación duraba ya cuarenta y seis minutos... El doctor Marczewski, que velaba por el pulso, introdujo por sexta vez la aguja de una jeringuilla con alcanfor y atropina bajo la piel del paciente.

En la mano derecha del profesor Wilczur destelleaban una y otra vez el bisturí y la espátula en fugaces movimientos. Por suerte la úlcera era superficial, no había penetrado profundamente en el músculo cardíaco y tenía forma de un cono regular. Podía salvar la vida de ese hombre. Bastaba con que aguantara ocho o diez minutos más.

—¡Y, sin embargo, nadie se atrevió! —pensó el profesor con jactancia.

Cierto, nadie, ningún cirujano de Londres, París, Berlín ni Viena. Lo mandaron a Varsovia, renunciando a la fama y a una gigantesca recompensa. Y esa remuneración haría posible la construcción de un nuevo pabellón clínico y, lo que era más importante, el viaje de Beata con la pequeña a las Islas Canarias. Para todo el invierno. Sería difícil estar sin ellas, pero les vendrá de maravilla. Los nervios de Beata, últimamente...

La almohadilla azul rosada del pulmón se hinchó con una respiración espasmódica y se encogió de repente. Una vez, dos, tres. El pedazo de carne viva que el profesor sostenía en su mano izquierda se estremeció. Unas gotas de sangre fluyeron de la pequeña herida a la membrana púrpura. Los ojos de todos los presentes chispearon de angustia. Se oyó el sigiloso siseo del oxígeno y la aguja de la jeringuilla volvió a introdu-

cirse bajo la piel del enfermo. Los gruesos dedos del profesor se cerraban y abrían rítmicamente.

Unos segundos más y la pequeña herida quedó limpia. El fino hilo quirúrgico debía ahora hacer su trabajo. Uno, dos, tres puntos. Era realmente increíble que esas enormes manos fueran capaces de moverse con tanta precisión. Colocó el corazón con cuidado y lo observó atentamente. Se ensanchaba y encogía con ritmo irregular, pero el peligro había pasado. Se enderezó y dio una señal. El doctor Skórzen extrajo de entre los paños esterilizados la parte del tórax que había sido serrada. Después de unas cuantas intervenciones indispensables más el profesor pudo respirar. El resto era cosa de sus asistentes. Podía confiar en ellos plenamente. Dio varias instrucciones y salió al vestuario.

Allí pudo deleitarse con una bocanada de aire fresco, se quitó el respirador, los guantes, el delantal y la bata y se des-perezó. El reloj marcaba las tres menos veinticinco. Otra vez llegaba tarde al almuerzo. En un día así. Es verdad que Beata sabe lo importante que era la operación de hoy, pero sin duda le causará pena su retraso en este día. Había salido de casa esta mañana haciendo a propósito como que no se acordaba de la fecha: el octavo aniversario de su boda. Pero Beata sabía que no podía olvidarse. Cada año recibía por ese día un hermoso regalo, cada año más hermoso y cada año más caro, a la par que aumentaban su fama y su patrimonio. Y hoy seguro que ya había uno nuevo en su gabinete. El peletero lo habrá mandado ya por la mañana...

El profesor tenía prisa y se cambió rápido. Aún debía asomarse a ver a dos enfermos en la segunda planta y al paciente que acababa de operar. El doctor Skórzen, que cuidaba de él, le informó concisamente:

—Temperatura treinta y cinco con nueve, presión ciento

catorce, pulso muy débil con ligera irregularidad en el latir del corazón de sesenta a sesenta y seis.

—Gracias a Dios —le sonrió el profesor.

El joven médico echó una mirada llena de veneración a la figura de oso de su jefe. Había sido estudiante suyo en la universidad. Le había ayudado en la preparación de material para sus trabajos científicos mientras el profesor aún se dedicaba a la investigación y, cuando el profesor abrió su propia clínica, el doctor Skórzen encontró allí un buen sueldo y un amplio campo para su trabajo. Quizá lamentaba en su interior que su jefe hubiera renunciado tan repentinamente a sus ambiciones científicas, que se limitaba a dar unas clasecitas en la universidad y a hacer dinero, pero no podía por ello apreciarlo menos. Sabía, como todos en Varsovia, que el profesor no hacía esto para sí mismo, que trabajaba como un esclavo, que nunca dudaba en cargar con la responsabilidad y que tantas veces hacía milagros como el de hoy.

—Es usted un genio, profesor —dijo con convicción.

El profesor Wilczur se echó a reír con su bondadosa risa grave que llenaba de tanta paz y confianza a sus pacientes:

—¡No exagere, colega, no exagere! También llegará usted a eso. Pero reconozco que estoy satisfecho. Si pasa algo, dé orden de que me llamen. Aunque creo que no hará falta. Y lo preferiría, porque hoy... fiesta familiar. Seguro que ya han llamado diciendo que se está quemando la comida...

El profesor no se equivocaba. El teléfono había sonado ya varias veces en su gabinete.

—Por favor, avise al señor profesor —dijo el lacayo— para que vuelva a casa cuanto antes.

—El profesor está en la sala de operaciones —respondía una y otra vez con la misma flema la señorita Janowicz, su secretaria.

—¿Qué diablos pasa?! ¡Esto parece un asedio! —dijo al entrar el doctor Dobraniecki, director médico.

La señorita Janowicz giró el rodillo de la máquina de escribir y, sacando la carta ya lista, respondió:

—Hoy es el aniversario de boda del profesor. ¿Lo ha olvidado? Está usted invitado al baile.

—Ah, cierto. Será bien entretenido... Como siempre, habrá una orquesta fantástica, una cena de lujo y la mejor compañía.

—Qué extraño que se olvide usted de las hermosas mujeres —comentó con ironía.

—No me he olvidado. Si usted está allí... —replicó.

Las enjutas mejillas de la secretaria se llenaron de rubor:

—No tiene gracia —se encogió de hombros—. Aunque fuera la más bella no contaría con sus atenciones.

A la señorita Janowicz le caía mal Dobraniecki. Le gustaba como hombre porque, efectivamente, era muy apuesto con su nariz aguileña y su elevada y orgullosa frente, sabía que era un magnífico cirujano porque el mismo profesor le confiaba las operaciones más complicadas y había logrado que se impusiera su candidatura a profesor asistente, pero lo consideraba un frío arribista a la caza del matrimonio con una mujer adinerada y, además, no creía en la sinceridad de sus sentimientos para con el profesor, al que le debía todo.

Dobraniecki era lo bastante sutil como para notar esta animadversión, pero como tenía la costumbre de no enemistarse con nadie que pudiera perjudicarlo de cualquier manera, dijo con tono conciliador señalando a una caja que había junto al escritorio.

—¿Ya se ha comprado usted unas pieles nuevas? Veo una caja de Porajski.

—No me alcanza para comprarme cualquier cosa de Porajski, y menos aún unas pieles así.

—¿Tan «así» son?

—Eche un vistazo. Marta cibelina.

—Caray... Le va bien a la señora Beata.

Asintió con la cabeza y añadió:

—Al menos en lo material.

—¿A qué se refiere usted?

—A nada.

—Debería avergonzarse —estalló—. Cualquiera mujer podría envidiarle un marido tan magnífico y tan cariñoso.

—Seguro.

La señorita Janowicz le clavó una mirada iracunda.

—¡Tiene todo lo que puede soñar una mujer! Juventud, belleza, una hijita que es un encanto, un esposo famoso y al que todo el mundo adora y que trabaja día y noche para asegurarle lujo, comodidad y consideración. ¡Y le aseguro, doctor, que ella sabe apreciarlo!

—No lo pongo en duda —hizo una leve inclinación de cabeza—, solo que sé que lo que más valoran las mujeres es...

No pudo terminar pues entró en el gabinete el doctor Bang y dijo:

—¡Asombroso! ¡Lo ha conseguido! ¡Sobrevivirá!

Se puso a contarles con entusiasmo el desarrollo de la operación, durante la que secundó a su jefe.

—¡Solo nuestro profesor habría sido capaz de intentarlo...! Ha demostrado de lo que es capaz —exclamó la señorita Janowicz.

—Bueno, no exageremos —dijo el doctor Dobraniecki—. Mis pacientes no siempre son lores o millonarios, quizá no siempre sean sesentones, pero la historia conoce toda una serie de operaciones del corazón realizadas con éxito. Incluso la historia de nuestra medicina. El doctor Krajewski, cirujano de Varsovia, llegó a la fama mundial justamente tras una operación así. ¡Y eso fue hace treinta años!

Varios miembros más del personal médico se dieron cita en el gabinete y cuando apareció el profesor al cabo de un momento, le llovieron las felicitaciones.

Las escuchó con una sonrisa de satisfacción en su gran rostro rojizo, pero miraba continuamente al reloj. Sin embargo, transcurrieron aún veinte minutos más antes de que pudiera encontrarse dentro de su coche negro.

—A casa —le dijo al chófer y se arrellanó en el asiento.

El agotamiento se le pasaba rápidamente. Estaba sano y fuerte y, aunque a causa de su grosor parecía algo mayor, tenía solo cuarenta y tres años y se sentía aún más joven. A veces incluso como un mocoso. Si era capaz de hacer piruetas sobre la alfombra con su hijita Mariola o jugar al escondite no solo era para darle gusto a ella, sino también a sí mismo.

Beata no quería comprenderlo y cuando lo observaba en esos momentos, había en la expresión de sus ojos algo de bochorno y de temor:

—Rafal —decía— ¡si alguien te viera!

—A lo mejor me contrataban en un circo —respondía entre risas.

Pero en el fondo se sentía algo apenado en esos momentos. Beata era indudablemente la mejor esposa del mundo. Sin duda lo amaba. Pero ¿por qué lo trataba con ese respeto innecesario, como con veneración? En sus cuidados y detalles había algo como de liturgia. Durante los primeros años pensaba que le tenía miedo e hizo todo lo posible para quitárselo. Le contaba las cosas más cómicas sobre sí mismo, le confesaba sus equivocaciones, sus menos gloriosas aventuras estudiantiles, trató de echar de su cabecita el menor atisbo de que no eran completamente semejantes. Al contrario, a cada paso resaltaba que vivía únicamente para ella, que trabajaba solo para ella y que solo por ella era feliz. Y además esa era la pura verdad.

Amaba a Beata hasta la locura y sabía que ella le pagaba con un amor igual, aunque sosegado y menos impulsivo. Siempre era tan frágil y delicada como una flor. Siempre tenía para él una sonrisa y una frase de aliento. Y pensaría que ella no sabría ser

de otra manera si no fuera porque a veces la había visto divertida, riéndose a carcajadas, bromista y coqueta cuando estaba rodeada de gente joven y no sabía que él la estaba mirando. Hacía el pino para convencerla de que él estaba aún más dispuesto que otros más jóvenes a disfrutar despreocupado —todo en vano—. Al fin, con el paso del tiempo se resignó y renunció a sus intentos de aumentar su ya de por sí gigantesca felicidad.

Y así llegó el octavo aniversario de su boda, el octavo aniversario de una convivencia que no se había visto turbada por la menor riña, el menor conflicto ni por una sombra de desconfianza, mientras que, por el contrario, tantas veces se había visto iluminada por miles de horas y momentos de alegría, caricias, confesiones...

Confesiones. A decir verdad, solo él le confiaba sus sentimientos, pensamientos, planes. Beata no sabía hacerlo, o quizá su vida interior era demasiado uniforme, demasiado sencilla... Quizá demasiado —se amonestó a sí mismo por este término—, demasiado pobre. Consideraba que eso ofendía a Beata, que la hería al pensar así. Pero si así fuera en realidad, más ternura aún llenaba su corazón.

—La tengo aturdida —se decía a sí mismo—, la tengo aturdida con mi ser. Es tan inteligente y tan sutil. De ahí su irritación y su temor para no mostrarme que sus asuntos son menudos, cotidianos, corrientes.

Una vez llegó a esa conclusión, trató de compensarle por esa injusta desigualdad. Les prestaba la mayor atención a los detalles del hogar, se interesaba por sus vestidos, sus perfumes, cogía al vuelo cualquier idea sobre proyectos de su vida social o relativa a la habitación de su hija y las meditaba con tanto esmero como si se tratara de cuestiones realmente importantes.

Porque para él eran de verdad importantes, más importantes que cualquier cosa, puesto que creía que la felicidad es algo que debía cultivar, puesto que comprendía que esas esca-

sas horas que podía robar al trabajo para ofrecérselas a Beata debía llenarlas de contenido, de la calidez más efusiva.

El coche se detuvo delante de un precioso chalet blanco, sin duda el más bonito de Aleja Bzów y uno de los más elegantes de Varsovia.

El profesor Wilczur salió corriendo sin esperar a que el chófer le abriera la puerta, tomó de sus manos la caja de las pieles, atravesó rápidamente la acera y el caminito de entrada a la casa, abrió la puerta con su llave y la cerró lo más silenciosamente que pudo. Quería darle a Beata una sorpresa que se le había ocurrido una hora antes, cuando estaba inclinado sobre el tórax abierto de su paciente, observando el complejo plexo de la aorta y las venas.

Sin embargo, en el vestíbulo se encontró con Bronislaw y con Michalowa, su vieja gobernanta. Beata no debía estar de buen humor a causa del retraso, pues tenían caras largas y parecían estar esperándole. Eso le estropeó el plan al profesor y les dio orden de irse con la mano.

Sin embargo, Bronislaw se dirigió a él:

—Profesor...

—Shhh... —le interrumpió Wilczur y, frunciendo el ceño, añadió en voz baja— ¡quítame el abrigo!

El sirviente quería aún decir algo, pero únicamente abrió los labios y ayudó al profesor a desvestirse.

Wilczur abrió rápidamente la caja, sacó de ella el hermoso abrigo de brillante piel negra y largo pelo sedoso, se lo echó al hombro, se puso en la cabeza con aire desafiante un capirote del que colgaban dos graciosos rabillos, se puso un manguito en la mano y se miró en el espejo con una alegre sonrisa: tenía una pinta hipercómica.

Se volvió a los sirvientes para comprobar su impresión, pero en la mirada de la gobernanta y del lacayo solo notó escándalo.

—Tontos —pensó.

—Profesor... —trató de hablar nuevamente Bronislaw mientras Michalowa se inclinaba a izquierda y derecha sin moverse de su sitio.

—Silencio, qué diablos —susurró y abrió la puerta del salón esquivándoles.

Esperaba que Beata estuviera con la pequeña en la habitación rosa o en el tocador.

Atravesó el dormitorio, el tocador y el dormitorio de la niña. No estaban allí. Volvió y se asomó a su despacho. Tampoco había nadie. La doncella estaba junto a la puerta abierta del comedor. Tenía el rostro lleno de lágrimas y los ojos hinchados.

—¿Dónde está la señora? —preguntó con voz inquieta.

La muchacha estalló en sollozos en respuesta.

—¿Qué ocurre? ¡¿Qué ha pasado?! —exclamó, ya sin bajar la voz. El presentimiento de una desgracia se apoderó de él.

La gobernanta y Bronislaw entraron sigilosamente en el comedor y guardaron silencio. Los miró espantado y gritó con desesperación:

—¡¿Dónde está la señora?!

De repente, su vista se detuvo sobre la mesa. Junto a sus cubiertos había una carta, apoyada en una esbelta copa de cristal. Un sobre azul pálido con borde plateado.

El corazón se le encogió violentamente, la cabeza le daba vueltas. Aún no comprendía, no sabía nada. Extendió la mano y tomó la carta, que le pareció rígida y muerta. La sostuvo en sus dedos por un momento. En el sobre, dirigido a él, reconoció la caligrafía de Beata. Unas letras grandes y afiladas.

Lo abrió y se puso a leer:

«Querido Rafal:

No sé si serás capaz algún día de perdonar que te haya dejado...».

Las palabras comenzaron a vibrar y a girar ante sus ojos. Se quedó sin aire en los pulmones, en su frente aparecieron gotas de sudor.

—¿¿Dónde está?!! —gritó con voz ahogada—. ¿¿Dónde está?!!

Y echó una mirada a su alrededor.

—La señora se ha marchado con la pequeña —murmuró en voz baja la gobernanta.

—¡Mientes! —bramó Wilczur—. ¡Eso no es cierto!

—Yo mismo llamé al taxi —atestiguó Bronislaw con tono fidedigno y añadió al cabo de un momento— y bajé las maletas. Dos maletas...

El profesor se dirigió a su despacho tambaleándose, cerró tras de sí la puerta y se apoyó en ella. Trató de seguir leyendo la carta, pero pasó mucho tiempo hasta que logró obligarse a comprender su contenido. La carta decía:

«No sé si serás capaz algún día de perdonar que te haya dejado. Es ruin causarte un daño así en pago por tu gran bondad, una bondad tan inmensa que no olvidaré jamás. Pero no podía seguir más tiempo. Te juro que me quedaba solo una salida: la muerte. Soy solo una mujer débil. No fui capaz de actuar heroicamente. Llevo muchos meses luchando con esta idea. Quizá nunca sea feliz, quizá nunca encuentre la paz.

Te escribo caóticamente, pero me es difícil pensar con orden. Hoy es nuestro aniversario de boda. Sé, querido Rafal, que me has preparado un regalo. Sería deshonesto si lo aceptara ahora, cuando ya he decidido irrevocablementeirme.

Amo a otro, Rafal. Y este amor es más fuerte que yo. Más fuerte que todos los sentimientos que tengo y he tenido nunca por ti, desde la gratitud sin límites hasta el más hondo respeto y admiración, desde el sincero cariño hasta el verdadero apego. Desgraciadamente no te he amado nunca, pero no lo

supe hasta que encontré a Janek en mi camino.

Me voy lejos, ten misericordia de mí: ¡no me busques! ¡Te lo suplico, apiádate de mí! Sé que eres magnánimo y que tu bondad es sobrehumana. No te pido que me perdones. No lo merezco y soy consciente de que tienes derecho a odiarme y a despreciarme.

Nunca fui digna de ti. Nunca llegué a tu nivel. Tú mismo lo sabes demasiado bien y solo a tu bondad atribuyo que siempre trataste de no mostrarme aquello que, sin embargo, me causaba un inconmensurable tormento y humillación. Me rodeaste de lujo y de la gente de tu mundo. Me colmaste de obsequios valiosos. Pero se ve que yo no he sido creada para una vida así. Me agobiaba ese gran mundo, la riqueza y tu fama y... mi nulidad a tu lado.

Ahora afronto plenamente consciente una nueva vida en la que quizá me aguarda la pobreza más absoluta o, al menos, una dura lucha por cada pedazo de pan. Pero acometeré esta lucha al lado de un hombre al que amo inmensamente. Si no destruyo con mi comportamiento la nobleza de tu corazón, si eres capaz, te lo ruego: ¡olvídame! Seguro que en breve recobrarás la paz, eres tan sabio, seguro que encuentras a otra cien veces mejor que yo. Te deseo con toda mi alma la felicidad que yo recuperaré plenamente cuando sepa que estás bien.

Me llevo a Mariola, pues sin ella sería incapaz de sobrevivir ni una hora. Lo sabes mejor que nadie. No pienses que quiero despojarte de tu mayor tesoro, que lo es de los dos. Dentro de unos años, cuando ya podamos mirar con calma al pasado, contactaré contigo.

Adiós, Rafal. No pienses que me precipito, ni te engañes creyendo que habrá algo que pueda modificar mi decisión. Preferiría morir a abandonar mi propósito. No sería capaz de engañarte y quiero que sepas que te fui fiel hasta el final.

Adiós, ten piedad de mí y no trates de buscarme.

Beata

P. D: He dejado el dinero y todas las joyas en la caja y la llave de la caja la he metido en la gaveta de tu escritorio. Me llevo solo las cosas de nuestra hija».

El profesor Wilczur dejó caer la mano en la que tenía la carta y se restregó los ojos. Tras unos momentos, como si aún no se lo creyera, comenzó a leer la carta de nuevo.

El golpe fue tan inesperado que todavía le parecía algo irreal, como si fuera aún una amenaza, un aviso.

Leyó:

...desgraciadamente, no te he amado nunca...

Y luego:

...me agobiaba ese gran mundo, la riqueza y tu fama...

—¿Cómo es eso? —gimió—. ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Trataba en vano de comprenderlo todo. En su consciencia solo veía esto: se había ido, lo había abandonado, se había llevado a la niña, ama a otro. Ninguno de los motivos llegaba a su cerebro. Veía tan solo el hecho desnudo, en toda su brutalidad, tan irreal, tan terrible.

En el exterior, comenzaba el pronto atardecer otoñal. Se acercó a la ventana y leyó la carta de Beata, ya no sabía qué vez.

De repente, llamaron a la puerta y el profesor se estremeció. Por un instante lo embargó una inconsciente esperanza:

—¡Es ella! ¡Ha vuelto...!

Pero al momento comprendió que era un imposible.

—Pase —dijo con voz ronca.

Entró en la habitación Zygmunt Wilczur, un familiar lejano, presidente del Tribunal de Apelación. Mantenían una relación bastante cordial y solían visitarse a menudo. Pero la aparición de Zygmunt no podía ser casual y el profesor adivinó inmediatamente que Michalowa debía haberlo avisado por teléfono.

—¿Cómo te va, Rafal? —dijo Zygmunt con voz enérgica y amistosa.

—¿Cómo estás? —el profesor le tendió la mano.

—¿Qué haces ahí sentado a oscuras? ¿Me permites? —y, sin esperar respuesta, encendió la luz—. Hace frío, un otoño de perros. ¡Qué veo! ¡Leña para la chimenea! No hay como una chimenea. Que Bronislaw la encienda...

Entornó la puerta y exclamó:

—¡Bronislaw! Encienda la chimenea, por favor.

El sirviente al entrar miró al señor con el rabillo del ojo, tomó del suelo las pieles, encendió el fuego y salió. El fuego prendió rápidamente la leña seca. El profesor estaba de pie junto a la ventana, inmóvil.

—Ven aquí, siéntate, charlemos —Zygmunt tiró de él hacia un sillón delante de la chimenea—. Ahora. Qué gran cosa el calor. Tú, que eres joven, aún no sabes valorarlo. Pero para mis viejos huesos... ¿Qué? ¿No estás en la clínica? ¿Holgazaneando hoy?

—Sí... Cosas que pasan.

—Pues justamente había llamado —continuó el juez con bríos—, había llamado a la clínica. Quería consultar una cosa contigo. La pierna izquierda empieza a darme problemas. Temo que sea la ciática...

El profesor escuchaba en silencio, pero solo llegaban a su consciencia palabras sueltas. Sin embargo, la voz uniforme y serena de Zygmunt logró que sus pensamientos comenzaran a recogerse, a centrarse, a unirse en una imagen ya real de la realidad. Se estremeció cuando su primo cambió de tono y preguntó:

—Y ¿dónde está Beata?

El rostro del profesor se alargó; le costó responder:

—Se ha ido... Sí... Se ha ido... Se ha ido... al extranjero.

—¿Hoy?

—Hoy.

—Parece un proyecto bastante inesperado —dijo Zygmunt como si nada.

—Sí... Sí. La mandé al extranjero... Entiendes... Había ciertos asuntos y por eso...

Hablaba con tanta dificultad y el sufrimiento se manifestaba tan claramente en su rostro que Zygmunt se apuró a asentir con el tono más cálido posible:

—Entiendo. Naturalmente. Solo que, ves, habíais enviado invitaciones para la fiesta de vuestro aniversario. Habría que llamar a todos y cancelarla... ¿Permites que me ocupe de esto...?

—Claro...

—Pues perfecto. Creo que Michalowa tendrá la lista de invitados, se la pediré. Y tú lo mejor que puedes hacer es echarte a dormir. ¿Verdad...? Ya no te incomoda. Bueno, hasta luego.

Le tendió la mano, pero el profesor no lo advirtió. Zygmunt le dio unas palmaditas en la espalda, se detuvo aún un momento junto a la puerta y salió.

Wilczur volvió en sí con el chasquido de la manivela. Se dio cuenta de que tenía la carta de Beata en la mano. La estrujó, hizo una pequeña bola y la arrojó al fuego. Las llamas la embargaron de inmediato, brilló como un capullo rojizo y quedó hecha cenizas. Hacía tiempo que no quedaba rastro de ella, la leña en la chimenea se había convertido en un montón de tizones rojos cuando se restregó los ojos y se puso en pie. Con un movimiento lento retiró el sillón y echó una mirada alrededor.

—No aguanto, no aguanto aquí —susurró en silencio y salió corriendo al vestíbulo.

Bronislaw se alzó de la silla.

—¿Sale usted, profesor...? ¿El abrigo de entretiempo o el de piel?

—Da igual.

—Hoy hace bastante fresco fuera. Creo que mejor el más abrigado —decidió el sirviente y le dio el abrigo de piel.

—¡Los guantes! —exclamó mientras salía al porche tras el profesor, pero Wilczur no debía de haberle oído. Ya estaba en la calle.

Los últimos días de octubre fueron ese año fríos y lloviznosos. El frío viento del norte despojó a los árboles de restos de hojas prematuramente amarillentas. El agua chapoteaba en las aceras. Los pocos peatones iban con el cuello alzado y la cabeza inclinada para proteger su rostro de las punzantes gotas de agua o tenían agarrados con ambas manos sus paraguas, que una y otra vez trataban de llevarse violentas ráfagas de viento. Las ruedas de los infrecuentes coches salpicaban el turbio líquido de los charcos, los caballos de las carrozas avanzaban lentamente y la luz de las amarillentas farolas daba un tenue brillo a las chabolas de las que chorreaba el agua de la lluvia.

El doctor Rafal Wilczur mecánicamente se abrochó el abrigo y siguió caminando.

—¿Cómo ha podido hacer eso?! ¡¿Cómo ha podido?! —repetía en sus pensamientos.

¿No se daba cuenta de que le quitaba todo, de que lo despojaba de su razón de ser y del fin de su existencia? ¿Y por qué...? Porque había encontrado a un hombre... Si lo conociera, si tuviera la certeza de que él sabría valorarla, de que no le haría daño, de que la haría feliz. Solo escribió su nombre: Janek.

Wilczur revisó en su memoria la lista de sus conocidos más o menos cercanos. Ninguno de ellos. Quizá fuera un miserable, un impostor, un vagabundo que la abandonaría a la primera ocasión. Un seductor profesional que la había engatusado, engañado y embaucado con falsas declaraciones de amor

y juramentos. Seguramente esperaba sacarle dinero. ¿Qué pasará cuando vea que Beata no se había llevado ni siquiera sus joyas...? Seguro que era un ladrón refinado. Sí, hay que perseguirlo mientras estemos a tiempo de evitar la infamia. Hay que exigir a las autoridades, a la policía, que los busquen. Que manden órdenes de detención, detectives...

Bajo el impulso de esa idea se detuvo y miró alrededor. Estaba en el centro de la ciudad. Se acordó de que cerca, en la segunda o tercera bocacalle, había visto alguna vez al pasar en coche el letrero de una comisaría.

Se puso a andar en esa dirección, pero dio media vuelta tras diez o quince pasos.

—¿Y qué más da que los encuentren? Ya no querrá volver conmigo.

Escribió claramente que no lo ama, que la atosigaba su supuesta superioridad, su riqueza, su fama... y seguro que también su amor. Era lo suficientemente delicada que eso no lo decía abiertamente. ¿Con qué derecho puede juzgarla, decidir su destino? ¿Y si ella prefiere incluso una vida de penurias junto a aquel...? ¿Qué argumentos puede usar para convencer a una mujer para que vuelva con un marido al que no ama... al que odia...? Además, ¿no era apresurado juzgar que ese hombre era un paria y un ladrón codicioso...? A Beata nunca le habían gustado los hombres de ese tipo, siempre la habían atraído los idealistas, los soñadores... Incluso le leía durante horas a Mariola poemas utópicos que esa niña de siete años no podía comprender. Leía para sí misma.

El hombre con el que se había ido debía de ser joven, pobre y sin sentido práctico. ¿De qué manera, cuándo lo había conocido...? ¿Por qué nunca lo había mencionado ni con una palabra...? Y, de repente, huye, sin miramientos, con toda crueldad. Abandona al hombre que lo había hecho todo por ella... Como un perro, como un esclavo...

—¿Y por qué?! ¿Por qué...?

¿Había pecado de cualquier manera contra ella, contra su amor...? ¡Nunca! ¡Ni de pensamiento! De hecho, había sido la primera mujer que había amado. Ocurrió hace apenas diez años. Qué bien se acordaba de todo. La conoció por casualidad. Y había estado bendiciendo esa casualidad hasta el día de hoy, la había estado bendiciendo mañana y noche, a cada hora, cuando la miraba y cuando se alegraba al pensar que volvería a mirarla. Aún era profesor asistente y un día que daba clase en la sala de disección un camión atropelló en la calle de al lado a su abuelo. Le dio los primeros auxilios. Ambas piernas con fracturas complicadas. El viejecito le suplicó que avisara del modo más comedido posible a su esposa enferma del corazón y a su nieta. Beata le abrió la puerta de la pequeña vivienda en el casco antiguo.

Y unos meses después ya estaban prometidos. Tenía apenas diecisiete años. Era delgada y pálida, usaba vestidos baratos y remendados. La pobreza reinaba en esa casa. Los padres de Beata perdieron en la guerra todo su patrimonio. Hasta el día del accidente, el abuelo mantenía a su anciana esposa y a su nieta dando clases particulares de idiomas. La abuela, antes de mudarse tras su marido al panteón familiar del cementerio de Powazki, la única fastuosa posesión que les quedó de su antigua fortuna, les contaba durante horas y horas a su nieta y al prometido de esta historias del esplendoroso pasado de la saga de los Gontynski, de sus palacios, de las cacerías y bailes, de sus caballadas, de joyas y vestidos traídos de París... Beata la escuchaba embelesada y sus ojos soñadores parecían centellear de pena por ese pasado perdido, por ese cuento de hadas que no volvería jamás.

En esos momentos, él apretaba su manita y le decía:

—Todo eso te lo daré. ¡Ya verás, Beata! ¡Las joyas, los vestidos de París, los bailes, el servicio! ¡Todo eso te lo daré!

Y él por entonces no tenía más que un par de maletas en una habitación de soltero, estantes llenos de libros de medicina y un humilde sueldo de profesor asistente.

Pero también tenía una voluntad de acero y una fe poderosa, y el deseo que le quemaba como el fuego de cumplir la promesa que le había dado a Beata. Comenzó a luchar. Para ascender, para adquirir experiencia, para tener pacientes ricos. Gracias a sus grandes conocimientos, su talento innato, su carácter indómito y su trabajo, un trabajo empeinado y furioso surtieron efecto. Y además tenía la suerte de cara. Su fama iba en aumento, igual que sus ingresos. A los treinta y siete años ascendió de asistente a catedrático y varias semanas después se encontró con una dicha aún mayor: Beata dio a luz a una hija.

En honor a su ilustre bisabuela Gontynska le dieron el nombre de Maria Jolanta y también la llamaban usando el mismo diminutivo: Mariola.

Al recuerdo de su hija, el corazón del profesor Wilczur volvió a quedar anegado en el dolor. A veces se preguntaba a cuál de las dos quería más... Cuando empezó a hablar, una de sus primeras palabras fue:

—Tapito...

Y así se quedó. Siempre lo llamó Tapito. Cuando tenía dos años enfermó de escarlatina. Cuando por fin se recuperó, juró que a partir de entonces curaría gratis a los niños pobres. En su cara clínica, en la que siempre faltaban plazas, varias habitaciones las ocupaban siempre niños. Todo era para ella, en ofrenda por su salud.

Y ahora se la habían quitado.

Eso ya no era inhumano, era un asesinato...

—¡Tienes que devolvérmela! ¡Tienes que hacerlo! —hablaba en voz alta apretando los puños.

Los peatones se fijaban en él, pero no se daba cuenta.

—¡La ley está de mi parte! Me has abandonado, pero te obli-

garé a que me devuelvas a Mariola. La ley está de mi parte y la ley moral también. Tú misma tienes que reconocerlo. ¡Pérfida, pérfida, pérfida! Eres ruin. ¡¿Es que no comprendes que comes un crimen?! ¿Es que hay crimen peor...? ¿Cuál...? ¡Dilo tú misma! Te atosigaba el dinero y todo lo demás. Bien, pero ¿qué te faltaba? No el amor. ¡Nadie te podía amar tanto como yo! ¡Nadie en el mundo!

Tropezó y estuvo a punto de caerse. Iba por una calle sin pavimentar y el barro le llegaba a los tobillos. Acá y allá había esparcidas piedras por las que los vecinos trataban de llegar a sus casas sin mojarse los pies. Las ventanas ya estaban oscuras. Las escasas farolas de gas sembraban una tenue luz azulada. La calle de la derecha era más amplia y estaba más densamente edificada. Giró en esa dirección, andando cada vez más lentamente.

No estaba cansado, pero las piernas se le hacían cada vez más pesadas, insoportablemente pesadas. Debía de estar mojado hasta la camisa, pues sentía cada ráfaga de viento como si estuviera desnudo.

De repente, alguien se interpuso en su camino:

—Caballero —dijo una voz ronca—, présteme usted sin garantía bancaria cinco zlotys para una hipoteca del monopolio de alcohol: seguridad y confianza.

—¿Qué? —respondió el profesor sin comprender la pregunta.

—Déjese de ques. No *queses* y no serás *quesado*, dice la Escritura: el que con el que *queses* a tu prójimo, con ese te *quesarán* a ti, señor ciudadano de la capital de este orgulloso país de treinta millones de habitantes y con acceso al mar.

—¿Qué quiere usted?

—Salud, felicidad y toda prosperidad. Y además deseo llenar mi vacío estómago de un líquido con alcohol al cuarenta y cinco por ciento, con el amable acompañamiento de una dosis de carroña porcina llamada comúnmente salchicha.

El andrajoso interlocutor se tambaleaba ligeramente y su rostro, que llevaba muchos días sin afeitarse, emanaba un hedor a vodka.

El profesor se llevó la mano al bolsillo y le dio varias monedas.

—Aquí tiene.

—*Bis dat, qui cito dat* —dijo el borracho sentenciosamente—. *Thank you, my darling!* Permíteme entonces, generoso benefactor, que te ofrezca algo de valor a cambio. Me refiero a mi compañía. Sí. Tu oído no te engaña, buen hombre. Puedes gozar de ese honor, *noblesse oblige*. ¡Yo invito! Estás empapado, *sir*, y estás congelado. Ven a mi choza y entra en calor en mi compañía. Cierto que no tengo mi propia choza, pero tengo sabiduría. ¿Qué valor tiene un edificio en comparación con la sabiduría...? Y yo la compartiré con usted con mucho gusto, *mon prince*. Mi saber es muy amplio. Ante todo, sé dónde se encuentra la única tasca en la que puedes entrar a estas horas sin forzar rejas ni cerraduras. En una palabra: la de Drozdzyk. Aquí, en la esquina de Polaniecka y Witebska.

Wilczur pensó que, efectivamente, el alcohol le haría bien. Estaba realmente congelado. Y además el monótono parloteo del borracho lo aturdía. Trataba sin querer de comprender algo de su verborrea y eso ya mitigaba la flagrante consciencia de su desdicha, que había desatado bajo su cráneo una tormenta de pensamientos dolorosos.

Comenzaba a oscurecer en el este cuando, después de estar llamando un buen rato a las contraventanas cerradas, lograron entrar en una pequeña tienda. El ambiente estaba cargado del vaho que salía de unos toneles de arenques y de olor a cerveza y gasolina. En la trastienda, más amplia y más pestilente aún, llena de humo de ácido tabaco barato, había varios hombres sentados en una esquina. Estaban ya completamente borrachos. El mesonero, un grandullón de proporciones cuadradas

con cara de *bulldog* durmiente, con la camisa sucia y el chaleco desabrochado, antes de que le preguntaran nada puso en la mesa una botella de vodka y un plato desportillado con retales de embutidos.

Al menos hacía calor. Un calor delicioso en el que sus manos tías parecían descongelarse placentera, aunque también dolorosamente. El primer vasito de vodka caldeó de inmediato la garganta y el estómago. Su inopinado compañero no paraba de hablar. Los borrachos de la esquina no prestaban la menor atención a los recién llegados. Uno roncaba ruidosamente, los otros tres emitían de cuando en cuando un guirigay de frases incomprensibles. Parecían estar discutiendo de algo.

El segundo vaso de vodka trajo a Wilczur algo de alivio.

—Menos mal —pensó— que aquí nadie me mira, que nadie...

—...pues, ya ves, mi rey —su barbudo compañero seguía exponiendo su sabiduría—, a Napoleón se lo llevó el diablo, a Alejandrito Magno lo mismo. ¿Y por qué? Te preguntas con voz estruendosa. Pues porque no es un arte ser alguien. El arte es no ser nadie. Nadie, un gusanito en una esquina, al margen de cualquier plan de la Providencia — *disce puer!* Te lo dice Samuel Obiedzinski, que no se pegará nunca un batacazo porque nunca se le ocurrirá encaramarse a ningún árbol. Los pedestales son para los idiotas, amigo mío. Y la fe es un globo que antes o después se pincha y se le escapa el aire. ¿Que puede que no...? Es posible, claro: es posible que antes tú mismo revientes. ¡Guardaos de los globos, ciudadanos!

Alzó la botella vacía y exclamó:

—¡Señor Drozdzyk, una más! Administrador de toda alegría, custodio de los extraviados, dador de la consciencia y del olvido...

El lúgubre mesonero no se dio prisa en traer el vodka, golpeó con su ancha mano el fondo de la botella y la puso descorchada ante sus huéspedes.

El profesor Wilczur bebió en silencio y se estremeció. Nunca bebía vodka y el desagradable sabor del ordinario aguardiente le provocó asco. Pero sentía ya un ligero zumbido en la cabeza y quería embotarse por completo.

—El único sentido de poseer materia gris en el cerebro —dijo el hombre que se había presentado como Samuel Obiedzinski— consiste en hacer malabarismos entre la consciencia y la oscuridad. Porque, ¿cómo ocultar el drama del intelecto cuando llega a la absurda conclusión de que es un capricho de la naturaleza, un peso muerto, un grano pegado a la cola de nuestra excelencia animal? ¿Qué sabes acerca del mundo, de las cosas, del fin de la existencia? Sí, a ti te lo pregunto, a ti, ser cargado con dos kilos de cerebro, ¿qué sabes de nuestro fin...? ¿No es una paradoja? No eres capaz de mover un brazo ni de dar un paso sin un fin claro y comprensible. ¿Verdad...? Y entre tanto naces y en el transcurso de unas decenas de años haces millones, billones de acciones, te pasas el tiempo bregando, trabajando, estudiando, luchando, caes, te levantas, te alegras, desesperas, piensas, gastas más energía que la central eléctrica de Varsovia, ¿y para qué cuernos todo eso? Sí, amigo, no sabes y no puedes saber con qué fin lo haces. La única instancia a la que puedes acudir para pedir información fiable al respecto es tu intelecto y este, digamos, lo único que hace es un gesto de impotencia. ¿Qué sentido tiene, qué lógica...?

Soltó una ruidosa carcajada e inclinó el vaso hasta el fondo.

—Así que, ¿para qué existe el intelecto, si no sabe cumplir su misión, su única misión realmente...? Sé lo que me va a responder, pero eso también es una estupidez. Dirá que su ámbito de acción abarca solo las funciones vitales. Las causas y fines de la vida no pertenecen a su departamento. Vale. Pero ahora verás cómo se las apaña con la vida. ¿Qué nos puede aclarar aquí? Y resulta que nada. Nada, aparte de las funciones animales más elementales. Entonces, ¿para qué nos ha crecido

debajo del cráneo este cáncer? ¿Para qué diablos, le pregunto yo a usted, maestro? ¿Qué es lo que sabe? ¿Sabe lo que es el pensamiento?! ¿Le ha dado al hombre la capacidad de conocerse a sí mismo? De conocerse al menos lo bastante para poder decir de sí mismo con toda certeza: soy un bribón, o: soy un tío honrado; soy un idealista, o: soy materialista. ¡No, no y mil veces no! Te dirá solo si prefiero la ternera o el porcino. Pero para eso basta el cerebro de un chucho callejero. ¿Y si se trata de la gente, de los demás? ¿Nos enseña algo...? ¡No! Me apuesto todo mi patrimonio a que su hermosa cabeza no ha sido aún capaz de formarse ni una idea absolutamente cierta acerca de mi sugestiva persona. Aunque nos conocemos ya desde hace... desde hace dos botellas. ¿Qué sé yo de mis hermanos, de mi padre, de mi esposa, de mis amigos...? ¡No! La gente es impenetrable. Y no hay modo de llegar a su alma. Como dice la canción ¡viva nuestra soltería! ¡Beba usted!

Golpeó el vaso de Wilczur y bebió del suyo.

—Si quieres saber, generoso donante, cómo es en realidad una dama distinguida, puedes espiarla por el ojo de la cerradura. Comprobarás, digamos, si tiene los pechos desgastados o los muslos flacos. Averiguarás algo nuevo sobre ella. Pero sobre su esencia seguirás sin saber nada. Porque incluso si está sola y descubre el velo que siempre usaba para ti, tiene por debajo otro que no se quita nunca y que incluso para ella misma es impenetrable. ¿Verdad? Por supuesto, hay momentos en los que podemos ver lo que alguien tiene en la manga o detrás del cuello. Eso es cuando ocurre una catástrofe. El velo se desgarró, se rompe, aparecen grietas y ranuras. Oh, por ejemplo ¡tal y como ocurre ahora contigo, jefe! Te ha arrollado algo bien potente.

Se inclinó sobre la mesa y clavó en Wilczur sus azules ojos inyectados de sangre.

—¿Verdad? —preguntó con énfasis.

—Sí —asintió el profesor.

—¡Por supuesto! —gritó lleno de ira Obiedzinski—. ¡Por supuesto! ¡Que un hombre tan ansioso de encontrar la paz como yo no pueda dar un paso sin toparse con la estupidez humana! ¡Porque el fondo de toda tragedia es la estupidez...! Entonces, ¿qué? ¿Te has arruinado?, ¿te han echado de un puesto ministerial, ¿te has llevado alguna desilusión? ¿Qué...? ¿Una mujer?, ¿te ha engañado?

Wilczur agachó la cabeza y respondió con voz sorda:

—Me ha abandonado...

Los ojos de Obiedzinski brillaron de rabia:

—¡¿Y qué?! —bramó—. ¡¿Y qué importa eso?!

—¿Que qué importa eso? —Wilczur lo agarró de la mano—. ¿Qué importa eso...? Eso lo importa todo. ¡Todo!

En su voz debía haber algo que bastó como argumento de peso, pues Obiedzinski se calmó de inmediato y permaneció callado. Pasaron unos minutos antes de que volviera a hablar en voz baja, como quejándose:

—La vida es péfida y yo tengo mala suerte. Me dan asco los sentimientos y justamente a mí me tiene que poner la fortuna en mi camino a un montón de víctimas de los sentimientos. Me los manda el diablo... No hay duda, todo es relativo. A uno ni con una porra lo tumban, otro se resbala con la cáscara de un plátano y se parte la crisma. No hay medida, no hay criterio. Bebe, hermano. Buena cosa es el vodka. ¡Al cuerno todo...!

Llenó los vasos.

—Bebe —repitió, poniéndole a Wilczur el vaso en la mano—. ¡Eh, Drozdzyk, pon otra más! El mesonero se levantó de su camastro en la alcoba, trajo una botella y apagó la luz. Ya no hacía falta. A través de la ventana del sucio patio se asomaba el día, nublado y lloviznoso. Los borrachos de la esquina salieron a la calle, dejando en la tasca a su roncador compañero.

Obiedzinski se apoyó sobre sus codos y continuó con sus alcoholizadas reflexiones:

—Es lo que hay con las mujeres... Una se te pega como una ventosa y te succiona toda la sangre, otra te despoja de todo lo que tienes, otra te engaña a cada paso, o puedes dar con otra que te arrastre hacia una vida gris, hasta el lodo cotidiano... Limpiar, lavar ropa, pañales y cosas de esas. Es la vida... Pero no es verdad, todo depende del hombre, ¡de cómo es! A unos les resbala; otros empiezan a revolverse como un gato cuando le pegan un tiro: empiezan a dar vueltas y vueltas, dan un chillido y se caen muertos; ¿y otros como tú, *mio amico*...? Debes ser un tipo duro. Como un roble. Si te hubieran quitado la corteza, te crecería de nuevo, si te cortan las ramas, te saldrían nuevas. Pero resulta que te han arrancado de raíz... Te han echado al desierto...

Wilczur se inclinó hacia él y balbuceó:

—De raíz... es verdad...

—Ya ves. La fuerza no sirve si no hay dónde apoyarse. El suelo se reblandeció, se ha disuelto, ya no existe.

Ya lo dijo Arquímedes... ¿Qué es eso que dijo...? Bah, que le den morcilla... ¡Ajá...! ¿De qué hablaba...? ¡Raíces! Las raíces más fuertes no sirven si no tienen dónde apoyarse. ¡Oh...! De perros... así es la vida...

La lengua se le enredaba cada vez más. Finalmente se balanceó, apoyó la espalda en la pared y se quedó dormido.

Wilczur seguía repitiendo en su mente con los últimos retazos de consciencia:

—Como un árbol arrancado de raíz... Como un árbol arrancado de raíz... —y también se quedó dormido.

Seguramente no durmió mucho tiempo, pues lo despertaron unos empujones poco ceremoniosos, abrió los ojos con dificultad y cayó rodando al suelo. El alcohol aún no se había evaporado. Sobre la mesa había una nueva botella de vodka y, además de su compañero nocturno, a su alrededor se habían sentado tres desconocidos. Le costó hacerse una idea de dónde

estaba, pero el recuerdo de Beata apareció de repente causándole un dolor agudo. Se alzó y se encaminó a la puerta, derribando las sillas a su paso.

—¡Eh, caballero! —gritó el mesonero tras él.

—¿Qué?

—¿Y esto quién lo paga...? Cuarenta y seis zlotys la cuenta.

Wilczur sacó automáticamente la cartera del bolsillo y le tendió un billete.

—¡Cuánta pasta, caray! —dijo uno de los compañeros y dio un silbido.

—Cierra el pico —gruñó otro de ellos.

—¡Drozdzyk! —exclamó el tercero—. ¡No te hagas el despistado! ¡Devuélvele el resto! ¡Mira qué cara!

El mesonero le echó una mirada de odio, contó el dinero y le dio a Wilczur el resto.

—Tú, granuja —resopló—, ocúpate de tus asuntos.

Wilczur no prestó la menor atención a la escena y salió a la calle. Caía una densa nevada húmeda, pero la calzada y los arceles mantenían su color oscuro, pues la nieve se derretía en seguida. Por el medio de la calle circulaban carros cargados de carbón.

—Me ha dejado... me ha dejado... —repetía Wilczur. Andaba sin rumbo, tambaleándose—. Como un árbol arrancado de raíz.

—¿Va usted a Grochów, caballero? —oyó una voz a su lado—. Mejor dar un rodeo y evitar la calle Rawska. Hay menos barro.

Reconoció a uno de los compañeros.

—Me da igual —dijo haciendo un gesto de desdén con la mano.

—Pues mejor. Me pillas de paso. Vamos juntos, en compañía el paseo será más animado. Parece que tiene usted alguna preocupación...

Wilczur no respondió.

—Ya se sabe, es humano. Pues le digo yo que para las preocupaciones solo hay un remedio: ahogar esas porquerías en alco-

hol. Por supuesto, no en un cubil como el de Drozdzyk, que es un tramposo y les pone a los clientes embutidos con estricnina. Pero aquí cerca en la calle Rawska hay una taberna maja. Uno disfruta más allí, tiene camareras. Y el precio es el mismo.

Siguieron andando en silencio. El compañero, bastante más bajo y delgado que Wilczur, lo tomó de la mano y una y otra vez alzó la cabeza para observarlo desde debajo de la visera de su gorra de ciclista. Cruzaron varias calles y le dio un tirón:

—Entonces, ¿entramos o no...? Lo mejor es echarles alcohol a las penas. Es aquí. Una ronda.

—Bueno —se avino Wilczur y entraron en la tasca.

El primer trago no le sirvió de alivio. Al contrario, fue como si hubiera desembriagado su mente nebulosa, pero las siguientes rondas surtieron efecto.

De la sala de al lado llegaba el ronco sonido de un orquestrión. Se encendieron las luces. Pasado un rato se les unieron otros dos hombres con aspecto de obreros. Una camarera rolliza y muy maquillada se sentó también con ellos. Llevaban ya tres botellas cuando en una salita contigua se oyó una sonora risa femenina.

El profesor Wilczur se puso en pie. La sangre se le fue a la cabeza. Se quedó inmóvil durante un segundo. Juraría haber reconocido la voz de Beata. Apartó con un movimiento brusco al compañero que le bloqueaba el camino y de un salto llegó a la puerta.

Dos lámparas de gas llenaban de luz la salita. Junto a la mesa estaban sentados un hombre bajo y fornido y con una buena panza y una chica pecosa con sombrero verde.

Dio la vuelta lentamente, se dejó caer pesadamente en la silla y estalló en sollozos.

—Ponle más —gruñó el de la gorra de ciclista—, tiene buen aguante para el vodka.

Le dio una sacudida en el hombro:

—¡Bebe, hermano! ¡No te rindas!

Cuando cerraron la taberna a las once, los compañeros de Wilczur tuvieron que sostenerlo, pues era ya incapaz de andar por su propio pie, y aun así los llevaba de uno a otro lado, tambaleándose con su enorme cuerpo en todas direcciones. Jadeaban del esfuerzo. Por suerte, el camino no era largo. A la vuelta de la esquina, en un callejón vacío y oscuro, les esperaba una carroza con el techo puesto. Metieron a Wilczur dentro sin mediar palabra y se subieron también. El cochero dio un latigazo al caballo.

Un cuarto de hora más tarde las casas estaban más desperdigadas. A ambos lados brillaba de vez en cuando entre las cercas la luz de una lámpara de parafina. Finalmente, estas también desaparecieron. Las fosas nasales de los viajeros se vieron golpeadas por el olor hediondo de grandes montañas de basura. La carroza giró y dejaron de sonar los cascos de los caballos sobre el blando camino de tierra. Llegaron a la primera fosa de arcilla.

—Para, este es el mejor sitio —ordenó una voz silenciosa.

Permanecieron un momento a la escucha. A lo lejos se oía el uniforme zumbido de la ciudad. En los alrededores reinaba el silencio más absoluto.

—Sácalo de ahí —sonó concisa la orden de uno de los maleantes.

Tres pares de manos sujetaron el cuerpo inerte. Un momento después los bolsillos ya estaban vacíos. También le quitaron sin dificultad el abrigo, la chaqueta y el chaleco. De repente, seguramente por el frío, Wilczur volvió en sí y exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Qué estáis haciendo...?

Mientras hablaba trató de levantarse del suelo, pero cuando estaba ya de pie recibió un terrible golpe en la nuca. Cayó como un tronco sin gemir siquiera. Como al caer se fue rodando

hasta el borde de un gran hoyo al que se echaba la basura, el cuerpo se deslizó hasta el fondo.

—¡Joder! —gritó uno de los bandidos—. ¿No podías haberlo sostenido?

—¿Y para qué?

—¡Estúpido novato! ¡Para qué! Baja ahora al hoyo a por los zapatos y los pantalones.

—Baja tú, ya que eres tan listo.

—¡¿Qué me dices?! —dijo el primero mientras se le acercaba amenazante.

Parecía que iba a haber jaleo, pero sonó la voz flemática del cochero, que hasta entonces había estado fumando un cigarrillo en silencio.

—Pues yo os digo una cosa: salgamos pitando de aquí. ¿Queréis que nos descubran...?

Los dos hombres se dominaron y saltaron al carruaje. El caballo se puso en marcha. Se detuvieron antes de entrar en la carretera principal. El cochero sacó un saco de debajo de su asiento y limpió cuidadosamente todas las ruedas de los restos de basura que se habían pegado a ellas, luego se subió a su asiento de un salto, le dio un silbido al rocín y poco después volvió a reinar el silencio en el campo.

Nadie pasaba por aquí durante el día y menos aún de noche. Solo había algo de movimiento alrededor de las fosas. Eran campesinos de aldeas que rodeaban la capital en un radio de una docena de kilómetros. Se dedicaban a sacar la basura de la ciudad y venían aquí con su pestoso lastre. Llegaban, descargaban la basura de los carromatos y volvían a casa con un par de zlotys ganados. Los más diligentes echaban los desperdicios directamente a las fosas, como estaba mandado; otros, aprovechando que nadie controlaba, las tiraban sin más en el campo.

El viejo Pawel Bankowski, labrador de Brzozowa Wólka, era hombre de trabajo cabal. Por eso se llegó a la fosa y vació

concienzudamente su carro. Iba sin prisa porque tenía que dar descanso a su yegua y él mismo se sofocaba fácilmente, cosa comprensible a su edad.

Acababa de terminar y estaba extendiendo un saco con restos de heno en la cubierta cuando escuchó un nítido gemido en el hoyo. Se santiguó por si acaso y aguzó el oído. El gemido se oyó más claramente.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué diablos es eso?

—Agua —dijo una débil voz quejumbrosa.

La voz le pareció a Pawel Bankowski conocida... Justo la tarde anterior estuvo en la ciudad y había visto a Mateusz Piotrowski, vecino de Byczyniec, que también había ido a recoger basura. Algo le decía a Bankowski que se trataba de Piotrowski, la misma voz y siempre descargaba en esa fosa. Y como le gustaba beber, se habría caído borracho al hoyo, a lo mejor se había partido algo y estaba ahí tendido.

Miró a su alrededor. Aún estaba todo oscuro, en el levante apenas clareaba. Si Piotrowski había dejado su carromato, seguro que el caballo se había vuelto solo a Byczyniec.

—¿Es usted, señor Piotrowski? —preguntó—. ¿Se ha caído ahí o qué...?

La única respuesta fue un silencioso lamento.

—O a lo mejor lo han dejado ahí tirado los malajes de la ciudad —pensó el campesino. De la gente de la ciudad siempre se esperaba lo peor.

Tentó la pendiente con el pie y después de reflexionar volvió al caballo, desenganchó las maromas que hacían las veces de riendas, las ató, hizo un fuerte nudo alrededor del eje y bajó a la fosa asido así de las cuerdas.

—Señor Mateusz, diga algo, no se ve nada —exclamó—. ¿Dónde está usted?

—¡Agua...! —la voz estaba justo a su lado.

Se inclinó y le palpó el brazo.

—No tengo agua, ¿de dónde la iba a sacar? Tiene usted que salir de aquí. ¿Dónde está su caballo...? Seguro que se ha vuelto solo a casa... Bueno, no puedo cargar con usted, intente levantarse.

Pisoteó la basura alrededor, apoyó firmemente los pies y tiró del peso inerte.

—Muévase. ¡Venga, vamos! Solo no lo voy a sacar.

—No puedo.

—¡Oooh! ¡No puedo! Céntrese. No querrá estirar aquí la pata. Las manos de Bankowski dieron con un espeso líquido pegado a los cabellos del supuesto Piotrowski.

—¿Querían matarle...?

—No sé...

El campesino se quedó pensativo:

—Así o asá no se va a quedar muerto aquí. ¡Puaj...! Mire, tengo una maroma, con que se levante usted, ya nos las arreglaremos para sacarle.

Parecía que al herido le volvían las fuerzas porque hizo uno o dos movimientos, pero volvió a caerse, aunque Bankowski lo sujetaba como podía.

—No hay manera —concluyó—, hay que pedir ayuda. Seguro que ya hay más gente.

Trepó hasta lo alto y volvió al cabo de unos minutos con otros dos hombres, explicándoles que unos granujas varsovianos casi matan a Piotrowski de Byczyniec. Los campesinos se pusieron manos a la obra sin más hablar y al poco tiempo sacaron al herido y lo colocaron en el carro del viejo. El hombre se sintió mejor porque se sentó por sus propias fuerzas y se quejó del frío.

—En calzones apenas lo dejaron los canallas —dijo uno de los labriegos.

—Hay que ir a comisaría —constató el otro.

Bankowski se encogió de hombros:

—No es asunto mío. Lo llevo a Byczyniec, me pilla de camino, y allí que sus hijos hagan lo que quieran, si ir a comisaría o lo que sea.

—Eso —asintieron— es cosa suya, claro.

El viejo le puso al herido un saco de heno bajo la cabeza y él mismo se sentó sobre las tablas descubiertas y tiró de las riendas. Cuando llegaron a la carretera, se puso más cómodo y se echó una siesta. La yegua conocía bien el camino.

Se despertó cuando el cielo estaba ya iluminado. Miró atrás y se frotó los ojos. Un desconocido yacía tras él en el carro, tapado con una manta. Tenía su gran rostro hinchado, los cabellos negros, pegados a la altura de la coronilla con sangre coagulada. Bankowski juraría que no lo había visto en su vida y ya a Piotrowski de Byczyniec no se le parecía en nada. Si acaso en su altura y en su robustez, porque también era un tarrón. De debajo de la corta y carcomida manta asomaban una fina y desgarrada camisa, unos pantalones embarrados y unos zapatos de andar por ciudad.

—¡Qué diablos! —maldijo. Se puso a pensar qué hacer con este embrollo.

Le dio vueltas y vueltas y finalmente se inclinó hacia atrás y zarandeo el hombro del pasajero.

—¡Eh, despiértese! ¡Me lo han debido traer los demonios! ¡Despierte! Me voy a buscar yo solo una desgracia por el hombre este... ¡Despiértate!

El pasajero abrió lentamente los ojos y se alzó un poco apoyándose en el codo.

—¿Quién es usted...? —preguntó el campesino con aire enojado.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? —respondió preguntando el pasajero.

—Pues en mi carro. ¿No lo ves?

—Lo veo —murmuró el hombre y se sentó con dificultad contrayendo las piernas.

—¿Y qué?

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

Bankowski se dio la vuelta y escupió hacia adelante. Había que pensar algo.

—A saber... —se encogió de hombros al fin—. Te habrás subido mientras yo estaba dormido. De Varsovia, ¿no?

—¿Cómo?

—Digo que si es de Varsovia... Porque entonces no le conviene seguir conmigo hacia Wólka ni hacia Byczyniec. Yo voy a casa y usted no es de Wólka. Mire, yo ya tengo que girar a la vuelta de ese molino... ¿Se baja o qué...? Desde aquí serán unos diez kilómetros hasta la ciudad...

—¿Hasta dónde? —preguntó el pasajero con los ojos llenos de asombro.

—Si le estoy diciendo que hasta la entrada de Varsovia. ¿Es usted de Varsovia?

El hombre lo miró con los ojos desencajados, se frotó la frente y dijo:

—No lo sé.

Bankowski dio un respingo. Ahora estaba seguro de que se las tenía con un granuja. Se palpó con cautela el pecho, donde tenía escondido un saquito con dinero y miró a su alrededor. A una distancia como de medio kilómetro iban tres carros.

—¿Te estás haciendo el tonto? —gritó—. ¿No sabes de dónde eres?

—No lo sé —respondió el hombre.

—¿Has perdido el juicio? Y tampoco sabrás quién te ha roto la crisma, ¿verdad?

Se palpó la cabeza y murmuró:

—No lo sé.

—¡Pues bájate del carro! —gritó el campesino ya irritado hasta el extremo—¡Venga! ¡Fuera!

Tiró de las riendas y la yegua se detuvo. El desconocido se bajó obediente a la carretera. Se quedó mirando a todas partes, como inconsciente. Bankowski, viendo que el extraño no tenía al parecer malas intenciones, decidió apelar a su conciencia:

—Yo a ti te hablo en cristiano, y tú vas y me respondes como si fuera un perro. ¡Vaya chusma de ciudad! Le pregunto que si de Varsovia y va y me dice que no lo sabe. ¿No sabrás tampoco si te ha parido tu madre...? ¿No sabes tampoco quién eres ni cómo te llamas...?

El desconocido lo miró con los ojos abiertos de par en par...

—¿Cómo me llamo...? ¿Cómo...? Nnno... no lo sé...

Y los músculos de su rostro se contrajeron como de espanto.

—¡Puf! —Bankowski escupió y, de repente, dio decidido un latigazo en el lomo del caballo. El carro arrancó.

Después de unos trescientos metros el campesino miró atrás: el desconocido iba andando tras él a un lado de la carretera.

—¡Puf! —repitió y, del nuevo latigazo, la yegua pasó al trote.